

La habitación propia de la negra cubana

Yesenia Selier
Psicóloga y ensayista
Cubana. Residente en Estados Unidos

La vilipendiada identidad afrocubana, escarmentada sangrientamente en ‘la masacre del Doce’, ‘la masacre de la Escalera’ y ‘la Conspiración de Aponte’, se ha hecho a la luz, acompañándose también a las tendencias globales de la Diáspora Africana. Ella, aún tierna criatura busca horizontes y espejos en que mirarse. Para los que la pensamos hay un marco de referencia en el Movimiento de los Derechos Civiles, la figura y el movimiento de Malcolm X y el concepto ‘Black is Beautiful’.

Aunque el postmodernismo ha colocado en el centro la otredad, implotando el esencialismo de siglos enteros de pensamiento, lo negro continúa siendo mayormente pensado por intelectuales blancos y reinventado por los poderes y saberes en cuanto aspecto sea posible imaginar. Esta dinámica no sólo expresa realidades coloniales ¿post-coloniales?, sino también una falta real, numérica, de producción intelectual desde la negritud.

Hace casi un siglo Virginia Woolf, en el ensayo “A Room of Her Own” [Una habitación propia], reflexionaba sobre las condiciones necesarias para que una mujer pueda escribir novelas de ficción: «500 libras [esterlinas] al año y una habitación propia, donde pueda escribir sin interrupciones»¹. Y me pregunto si detrás del análisis subsecuente que pudiera derivarse, salvando las inmensas distancias, geográficas, históricas y temporales, pudiéramos encontrar acá alguno de los dilemas de nuestra ausencia discursiva, puesto que el icónico ensayo ilustra excelentemente los dilemas del sujeto subalterno para articular su experiencia, recrear, crear. La Woolf ratifica la necesidad de ser sujeto de sí misma, como premisa fundamental del creador, mujer en este caso, con una denuncia explícita de la constricción mental que para la mujer supone la sociedad patriarcal.

El patriarcado, tábula rasa contra la cual se han rebelado las feministas de todas las épo-

cas, ha sido un paisaje remoto o, cuanto menos inconstante, para las mujeres negras. Según bell hooks, las construcciones simbólicas sobre las mujeres negras fueron creadas para enfatizar su condición de cuerpo sacrificable². Pensemos en Cecilia Valdés, Maria la O, la mulata del teatro bufo, modelos todas, más allá de sus cualidades, de mujeres disponibles o de moralidad caída, pero sobre todo sacrificables.³ Una mujer negra, y ahí hablan más las estadísticas que los estereotipos, se encontrará en cualquier época con mayor probabilidad en el fondo del continuo de la pobreza, menos educada y con más hijos, y carecerá también con mayor probabilidad de proveedores masculinos, económicos y/o afectivos. Así, una mujer negra, en cualquier época, ha sido usada más fácilmente y abandonada sexualmente; diana fácil de la violencia verbal y física, y degradada en sus atributos femeninos, del marco de la fragilidad y la belleza, despertando en fin menos simpatías por sus penas.

La alienación del negro y de lo negro, y muy especialmente de la negra, es una constante en el vaivén de lo histórico y lo cotidiano. Y en él se imponen nociones fundamentales, fundacionales si se quiere, convenientemente distanciadas de los umbrales de la ética: nuestras valoraciones sobre el arte y nuestras valoraciones estéticas. En las primeras no ahondaré por falta de «una habitación propia». Apenas nótese la centralidad de la noción «alta cultura», denotada por los cánones occidentales en nuestra apreciación artística. Es interesante que el contestado término afrocubano haya sido aceptado por los académicos cubanos por más de cincuenta años para clasificar la música de ascendencia africana. La definición orticiana crea una válvula de escape para digerir la ruidosa y temible omnipresencia del tambor y la clave en lo cubano. Tenemos un cuarto aparte no solo para lo que los sacos de ébano pertinazmente recrearon de África, sino también crea-

ciones autóctonas como la rumba y la conga y hasta el mismo son y sus subgéneros, imposibles sin la alternancia de sus creadores en el «alto y bajo» mundo. La necesidad de contener lo negro se extiende como curiosa tendencia a lo largo de nuestra historia: en una cárcel, en la noción de lo folklórico o en una agencia de *rap*. En esa contención se expresa la tensión omnipresente de la cubanidad: ¿qué hacemos con el negro?

A la negra, eterna doméstica en el imaginario popular, le toca el incontestable terreno de la estética. Pasa, bamba, ñata, «negra bonita» o «tremenda blanca se perdió» son juicios de valor empotrados al sentido común cubano. Es el telón de fondo, uno de ellos, frente al cual se constituyen nuestras identidades. Otro es la concomitancia de la condición femenina con lo bello y la centralidad de la apariencia. Aunque se ha abundado el tema de la estética negra en diferentes documentos culturales, líricas de *rap*, poesía y algún que otro escrito en Cuba, después de la década del noventa, este punto continúa siendo álgido e irresuelto para la mayoría de las mujeres negras de la Diáspora y el que más nos afecta en la vida cotidiana.

Más allá del charco, otro telón lo constituye el carácter agresivo, sutil colonizador de la subjetividad, del Estado postmoderno globalizado. En el contexto del neoliberalismo se exageran el lugar y el valor de la opción personal, con rechazo a la acción colectiva y mayor enfoque en el éxito propio. Son los ecos del neo-conservadurismo, bien despierto, revitalizado con Viagra y sangre nueva, listo para enterrar cada conquista social de los años sesenta, presto a certificar la defunción del feminismo y la instauración de su impostor: el postfeminismo.

El infame postfeminismo enmarca, al menos, una serie de actitudes de las mujeres contemporáneas. Rechazo al feminismo en sí, como doctrina estigmatizante y androgénica,

gestó nuevos grados de libertad para la mujer, pero no consiguió su felicidad y difundió la noción de que la equidad está garantizada legalmente en las sociedades contemporáneas. Así se orquesta un retorno a la geografía corporal y a las presiones normativas sobre el cuerpo: disminuido de tallas, mejorado con cirugías, corregido con inyecciones, en una estandarización extrema de lo bello y de lo *sexy*. Flaca, retocada, esquilada como una oveja, una mujer postmoderna se prescribe: exitosa profesionalmente, una dulce esposa, pero no espanta las ganas del esposo y una madre abnegada, empoderada sólo por el consumo. *Sex and the City* es el *súmmum* de la conciencia femenina ideal en el contexto postfeminista, donde el poder se iguala a la capacidad para el consumo y la tábula rasa de las afrodescendientes dista abismalmente de las mujeres blancas. En Estados Unidos, las investigaciones muestran que la riqueza media de una mujer negra, entre los 36-49 años, son cinco dólares, mientras que la de una mujer blanca son cuarenta y cinco mil, entendida la riqueza como diferencia entre los valores activos (*assets*) y la deuda.⁴ En el país en que ha trascendido la discusión intelectual por más de 200 años sobre los derechos de los negros y un exitoso movimiento por los derechos civiles en los 60, se contempla hoy una involución de los valores conquistados hace 50 años.

En el cuerpo de las mujeres negras estadounidenses ha muerto el pelo malo y se ha impuesto el pelo muerto. Los fabulosos «tachos» y los míticos productos del vecino brutal que han agitado la boca de las negras cubanas por décadas, son casi 90% implantes de pelo natural. La clientela del implante fue expandiéndose silenciosamente, en principio sólo para iniciadas, que «entraban por la puerta de atrás para que nadie se enterara», y en la actualidad alcanzan niveles prácticamente normativos.

La estigmatización de cada rasgo de la fisonomía negra fue una de las obsesiones de la modernidad. Más que grito de moda, el vicio del implante re-empaqueta la noción del pelo bueno y es el centro de la exploración del documental “Good Hair” (2009), de Chris Rock. Mujeres de distintas edades, clases y niveles educativos confiesan a la cámara, sin el menor conflicto, que «el pelo lacio, relajado, ayuda a que los blancos se relajen y uno luce más compuesto». Hacerse el pelo es parte de lo que es ser una mujer negra, nos dice la actriz Nia Long: «un hombre negro debe acogerlo, aceptarlo»⁵. Según esta afirmación debemos hacernos el pelo, porque no tenemos uno. Un hombre negro debe aceptar el absurdo gasto de que una mujer se complete en su opresión. «Hemos venido a peinar la opresión y explotación cada mañana. Te la pegas o la superpones cada día. ¿Cómo vas a pensar claramente cuando usas explotación todo el tiempo? Hay necesidad de un movimiento básico para recapturar el hecho de que no controlamos algo tan cerca de nosotros como el pelo en nuestra cabeza», dice el reverendo Al Sharpton bajo el desriz que ha usado por más de 20 años⁶.

Los hombres afroamericanos, con las dificultades estructurales e históricas para su integración a la sociedad y la definitiva tendencia endogámica, son los conejillos de indias: «El vicio del implante es una inversión más costosa que la educación de los hijos», comenta Sharpton⁷. Andre Harrell, ejecutivo de la industria musical, agrega: «El precio de mantener una mujer es como el precio de mercado de bienes raíces en Nueva York, va por el cielo. El precio de una visita a la peluquera te puede dejar en bancarrota»⁸. Por si esto fuera poco, el implante impone límites a las relaciones personales e íntimas de las parejas. En las opciones recreativas: ni playas ni piscinas: además del pánico a la lluvia en la calle, el traumático *do not touch* en la cama. «Si estás con una chica

con implante, concéntrate en sus senos», aconseja Harrel, jocosa y dolorosamente a la vez⁹.

El documental incluye voces menos adornadas a las presiones del capitalismo tardío, que se imponen y rinden a muchas mujeres con esta aberración íntima, estética y económica. Sheila Bridges, diseñadora interior, mujer negra con alopecia, abraza en lo más hondo su condición y su diferencia: las mujeres negras «usamos el pelo como si fuera una divisa [y] nuestra autoestima está atada a él. En la actualidad, los estándares son completamente irrealles e inalcanzables para una mujer negra»¹⁰.

Más allá de una villanía preconcebida, Derrida (1997) señala que la noción de humanidad es definida ante todo como hermandad y es un concepto fundamentalmente falocéntrico. La hegemonía es, además, invisiblemente blanca. Las mujeres blancas y negras en cada lugar del globo hemos avanzado increíblemente en términos de nuestra educación, participación económica y social, con derechos ganados *de jure* y *de facto*, pero hay mucho camino por recorrer aún en términos de equidad y respeto consistentes en nuestra vida diaria.

Aquí no pretendo impugnar a mis hermanas desrizadas, pero como parte de asumir la subjetividad negra en su diversidad y complejidad me parece indispensable abordar críticamente algunas de nuestras realidades. Nuestras opciones, aún las más personales, tienen consecuencias políticas, más allá de los cantos de sirena. La negra y el negro, desrizados o no, blanqueados o no, no adulteran las consecuencias sociales de la tecnología clasificatoria del racismo, pero como afirma una de las entrevistadas por Rock en “Good Hair”, «dejar el pelo en la textura en que sale de mi cabeza, es visto como un acto revolucionario y hay que tener convicción para llevarlo»¹¹.

Las negras cubanas, en la periferia del consumismo, desde el lugar en que se encuentre en el continuo del tejido social y educacional,

libran sus batallas diarias también frente al espejo. Mientras cantamos *La Bayamesa* y honramos el escudo nacional con la imagen de La Cubana, trigueña hermosa de cabellos largos, lacios, bajo el gorro frigio, carecemos de una habitación propia. El diez por ciento de los residentes de la ardiente Habana; donde se concentra la quinta parte de la población insular, vive aún en grimosos solares y la mayoría son negros y negras. Invito entonces a que nos atrevamos todas a soñar una habitación para nosotras, a recrearla cada mañana ante el espejo, a documentar en cualquier modo posible nuestra experiencia y a pelear, cuesta arriba como el salmón, los criterios negadores y opresivos de nuestra auténtica belleza.

Notas:

1. Woolf, Virginia. *Una habitación propia*. Madrid: Editorial Seix Barral, 2005.
2. hooks, bell. *Black Looks: Race and Representation*. London: South End Press, 1992.
3. Martiatu, Inés María. *Bufo y nación: interpelaciones desde el presente*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2008.
4. Traywick, Catherine A. “How We’re Doing: Women and Wealth” en *Pittsburgh Post-Gazette* (March 15, 2010).
5. Rock, Chris. “Good Hair” [Documental de HBO] (2009).
6. Ibid.
7. Ibid.
8. Ibid.
9. Ibid.
10. Ibid.
11. Ibid.